

La gigante Erifila vencida por Roger. (T. I, p. 93.)

- Su plática sabrosa suspendieron.
Cubierta de loriga refulgente
- Llega la maga en esto sobre el puente.
Mas suspender hasta otro canto quiero
Lo que con ella avino al caballero.

CANTO VII.

Vence Roger á la gigante Erifile. — Amores de Alcina y de Roger. — Bradamante entrega á Melisa el anillo encantado. — Toma Melisa la forma de Atlante. — Preséntase á Roger; reconviénele, desvanece sus ilusiones y tórname á la libertad.

Cosas muchas y extrañas
Ve quien camina léjos de su tierra :
Cosas que el vulgo necio
Oye con menosprecio
Y toma por embustes ó patrañas,
Cual con todas las cosas le sucede
Que ver él mismo ó que palpar no puede.
Así, yo no me espanto
Si no se da gran crédito á mi canto.

Nada empero me importa. Al ignorante
Que mis cantos desprecie, yo desprecio.
De mi fatiga es galardón bastante
Merecer el aprecio
Del hombre de saber y entendimiento,
A quien tan solo persuadir intento.

Sobre un disforme lobo de la Apulia
Que en alto y grueso á un buey lleva ventaja,
Cuyos asientos nunca el freno saja,
Y cuyo lomo encubre
Costosísima silla,
Sobre el puente á la maga se descubre.
Ciñe su pecho y su robusta espalda
Áurea coraza que esmaltada brilla
Con ricas piedras de color distinto,

Encarnado rubí, verde esmeralda,
Amarillo topacio, azul jacinto.

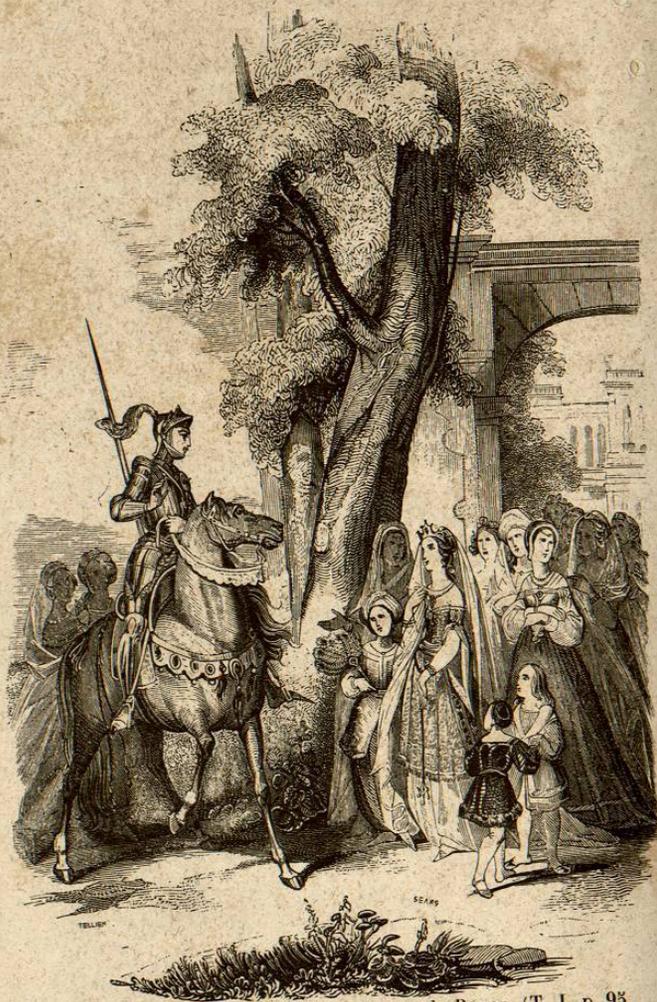
Diversa de color, mas en el corte
Pareja á la que llevan á la corte
Los obispos por cima de su cota,
Túnica parda de su cuello flota,
Y un grueso sapo de ponzoña henchido
En su cimera y su broquel se nota.

No bien al héroe vido
La mágica, hácia el puente
Con las dos bellas damas acercarse,
En alta voz : « Detente,
« Vuelve, » le grita, « atrás ; » mas, sin turbarse,
El fuerte paladin su lanza aprieta
Y á su adversaria, amenazando, reta.

Presta la maga hácia él su lobo empuja,
En el arzon se aferra,
Y, la lanza sacando de la cuja,
Hace temblar bajo sus pies la tierra;
Mas con violento choque, de repente,
Se sintió detenida, que en la frente
Por la enemiga lanza malherida,
A seis brazas del lobo
Sobre el prado cayó casi sin vida.

La espada el vencedor sacando entónces,
La cerviz altanera
Se dispone á cortar á la hechicera,
Cuando, en voz alta, á las doncellas oye
Que le gritan : « Señor, baste á tu gloria,
« Baste el haber vencido
« Sin mancillar con sangre tu victoria. »

Suelta el hierro Roger, y con las damas
El puente atravesando
Entra en un bosque. Inextricables ramas
La senda cubren áspera y estrecha
Que conduce derecha
A la cumbre de un monte. Al otro lado
De este monte escarpado



Alcina y su corte vienen al encuentro de Roger. (T. I, p. 95.

• Un espacioso llano se columbra
 Do un palacio magnifico se encumbra.
 • De una brillante corte acompañada,
 Hasta sus puertas exteriores viene
 La bella Alcina en busca del guerrero,
 A quien, con gesto afable y placentero,
 En su morada espléndida retiene.
 Cual al Señor del cielo lo recibe
 La amable gente que en sus senos vive.
 Allí todos los rostros ilumina,
 En grado casi igual, gracia, dulzura
 Bondad y juventud. Solo de Alcina
 Entre las otras la beldad descuella,
 Cual la del sol al lado de una estrella.
 Su gracia noble, su belleza rara
 A imitar no alcanzara
 El mas docto pincel. Largo cabello,
 Del oro envidia, en rizos anudado,
 Bate gentil su alabastrino cuello.
 De lirio y rosas el color mezclado,
 Por su rostro esparciéndose, contrasta
 Con su frente serena,
 Do brilla solo cándida azucena.
 Bajo dos negros y sutiles arcos
 Brillan dos negros ojos, claros soles
 En cumplir lo que ofrecen siempre parcos.
 En torno dellas y en su dulce fuego
 Amor se place en voluptuoso juego,
 Y temple agudas flechas
 Que siempre van al corazon derechas.
 De este rostro perfecto
 Baja por medio una nariz divina.
 La envidia en fin el minimo defecto
 Buscara en vano a la beldad de Alcina.
 Entre dos graciosisimos hoyuelos
 Lucen dos hilos de preciosas perlas,
 Y un bello labio del carmin mas puro
 Ya las esconde y ya permite verlas :

De este purpúreo labio se desprenden
 Las amables razones
 Que en viva llama el corazón encienden.
 Allí se forma aquella dulce, tierna,
 Angelical sonrisa,
 En que el mortal divisa
 Los goces todos de una dicha eterna.
 Blanca cual el marfil es su garganta.
 De su seno de nieve
 A cada lado un globo se levanta
 Que, agitado, se mueve
 Cual las ondas que forma viento leve.
 De sus encantos descubrir el resto
 Los cien ojos de un Árgos no podrían;
 Mas es de suponer que corresponde
 A aquello que se ve lo que se esconde.
 Guarda su brazo justo
 Perfecta proporción con todo el busto.
 Terminado una mano de azucena,
 Que en torneados dedos se prolonga,
 Y a cuya tersa candidez no hay vena,
 No hay arruga ni nudo que se oponga.
 Un pié ligero, esbelto y recogido
 Sostiene en fin á aquella
 Que se muestra á Roger afable y bella.
 ¿Qué extraño es pues que el paladín cautivo
 Quedase en esta red? La voz, el canto
 De Alcina, su mirar, su andar lascivo,
 De su sonrisa en fin el atractivo
 Viendo Roger, se inclina
 A creer falso cuanto
 Oyó decir al mirto sobre Alcina,
 Pues sospechar no puede que se esconda
 Bajo tal candidez maldad tan honda.
 Y mas bien imagina
 Que castigo el que Astolfo allí padece
 Es de su ingratitud, y que merece
 Esta pena y mayor por su impostura.

¡Incauto! Se figura
 Que de venganza la pasión aleve
 Al triste duque contra Alcina mueve.
 La cara imágen de la dama bella
 Por cuyo amor Roger suspira tanto,
 Huye de su alma ya; que, por encanto,
 Todo otro nombre desterrando della,
 El suyo solo la hechicera esculpe.
 Digno es pues el guerrero se disculpe
 La ilusión que un instante
 Le hace olvidar su amor por Bradamante.
 A poco rato siéntanse á la mesa.
 De liras, arpas y otros instrumentos
 Los sonoros acentos
 De repetir la atmósfera no cesa.
 Con voz meliflua, luego, del amor
 Las delicias celebra un trovador,
 Y, de la exaltación en los caprichos,
 Extraños se oyen y graciosos dichos.
 ¿Qué sucesor de Nino
 Festin jamás aderezó cual este?
 ¿Con qué banquete al vencedor latino
 Obsequió la ostentosa Cleopatra
 Comparable al que al jóven,
 A quien finge que adora y que idolatra,
 Presenta Alcina? En la mansion celeste
 Festin igual yo dudo que se apreste.
 Los platos y las mesas alzan luego,
 Y, sentados en corro, alegre juego
 Empiezan. Mil secretos
 De labio en labio vuelan;
 Los de la maga y de Roger discretos
 Su pasión mutuamente se revelan;
 En pláticas sabrosas se entretienen
 Y la noche en pasar juntos convienen.
 Los juegos por lo tanto cesan antes
 De la hora á que acostumbran,
 Y pajes con blandones rutilantes

El oscuro salon de nuevo alumbran.
 De séquito brillante acompañado
 Marcha luego Roger al blando lecho
 Que le fué preparado,
 De la estancia mas fresca,
 Mas cómoda y mas rica, bajo el techo.
 Y así que nueva yesca
 Presentan con almibares y vinos
 Al fuego en que el guerrero ya se enciende,
 Y así que, saludándole, el camino
 Para su estancia cada cual emprende,
 De perfumado lino
 Roger entre dos sábanas se extiende,
 Y, atento siempre á ver si Alcina llega,
 A ilusiones dulcísimas se entrega.
 Al menor ruido que oye, la cabeza
 Alza creyendo ver á la que aguarda;
 Pero, « no es ella, ¡oh cielos, cuanto tarda!
 « No es ella, no, » se dice con tristeza.
 Tal vez salta del lecho; abre la puerta,
 Mira; mas nada ve; ninguno viene,
 Y mil veces y mil maldice la hora
 Que parece detiene
 En este instante el ala voladora.

« Ya no me engaño, ella es, » de nuevo dice
 Y, en el inquieto ardor que le alucina,
 Las pisadas calcula que de Alcina
 Hacerle deben posesor felice.
 Mas la ilusion disípase, y, bien presto,
 Al temor entregándose, recela
 Que venga algun obstáculo funesto
 A frustrar el afan que le desvela.

Con aromas y afeites, segun uso,
 Se perfumó la maga y se compuso;
 Y, cierta de que á todos en su alcázar
 Profundo sueño en languidez sepulta,
 Con silencio se avanza
 Hácia la estancia oculta

• Donde, entre la zozobra y la esperanza,
 Lucha Roger. Al verla, por sus venas
 Siente hervir él su sangre, su alma apenas
 Tanta ventura á concebir alcanza.
 • Loco de amor, se lanza
 Del lecho al suelo, hácia la dama acude,
 Y ciego, abalanzándose á sus brazos,
 Su cuerpo ciñe con tan fuertes lazos
 Que ni tiempo le da que se desnude.

Por fortuna ella, empero,
 Vestido justo ó túnica no trae;
 Solo sutil cendal que, del guerrero
 Al primer movimiento, á tierra cae,
 Cubierta así quedando únicamente
 De una blanca camisa trasparente
 Que sus gracias oculta, cual su arena
 Encubre fuente límpida y serena.

No con tan fuerte vínculo se enlaza
 La yedra al olmo que nacer la vido,
 Como, en gozo uno y otro sumergido,
 Al uno el otro con violencia abraza.
 Del incienso sabeo
 Perfume igual no expiden los vapores,
 Ni de suaves flores
 Las aromas igualan
 Al que los labios de los dos amantes,
 En abrasados ósculos, exhalan.

En el palacio, en tanto, hondo misterio
 Sus amores encubre,
 O encubrir á lo ménos aparenta;
 Que no teme reproche ó vituperio
 Quien calla lo que ve, si quien lo cuenta.

No hay placer en la tierra, no hay delicia,
 Que de uno y otro amante
 Las almas no enajene á cada instante.
 Ora á una mesa espléndida se sientan;
 Teatros por aquí, por allá danzas
 Y juegos á su vista se presentan.

Ya para ellos un baño perfumado,
 Que sus fuerzas y espíritus repara,
 Una mano solícita prepara.
 Ora, leyendo bajo verde sauce
 Amoras historias, se recrean;
 Ora su tiempo emplean
 En perseguir por valles y por cerros
 A la tímida liebre; ora con perros,
 A cazar el faisán acostumbrados,
 De sus jarales á salir le obligan;
 O lazos tienden que sus alas ligan
 Al tordo entre las zarzas, ó con redes,
 O, pendiente de un hilo,
 Con anzuelo traidor, al pez incauto
 Van á arrancar de su secreto asilo.

En tanto que á las lánguidas dulzuras
 De esta existencia el héroe se entregaba,
 Y que una hueste numerosa y brava
 Mandaba el rey francés contra Agramante,
 La insigne Bradamante,
 Por Roger suspiraba noche y día.
 Inquieta, por hallalle,
 Va de la selva al monte, al llano, al valle,
 Y con su anillo, en varias ocasiones,
 Penetra hasta en los moros pabellones.

En vano, empero, nuevas de su amante
 A cuantos ve pregunta á cada instante.
 Búscale en balde, y recelara acaso
 Que perecido hubiera,
 A no saber que hasta el confin de ocaso,
 Desde do nace Hidáspes, en tal caso
 La fama de su muerte recorriera.

De hallarle en fin perdida
 Toda esperanza, triste y afligida,
 A volver se decide á la caverna
 Do la ceniza de Merlin reposa,
 Y allí gritar hasta que cada losa
 A compasión de su dolor se mueva.

Y hasta saber cual suerte
 Al héroe cupo, y resolver qué deba
 Hacer si vive, y qué si sufrió muerte.

Con esta intencion, pues, sus pasos lleva
 Hácia la selva que á Poitiers circunda,
 Y al sitio que, recóndito y salvaje,
 De entrada sirve á la mansion profunda;
 Pero la sabia, amable encantadora
 Que los héroes de su inclito linaje
 A la doncella á quien Roger adora,
 En la caverna ya mostró; Melisa,
 Que al Hipogrifo en su arriesgado viaje
 Siguió, no sin temblar por el guerrero,
 Vió cual hecho Roger fué prisionero,
 Como fué libertado, y como agora
 En las regiones del Oriente mora.

Sobre Hipogrifo la azulada esfera,
 Mal de su grado, atravesar le vido.
 De su larga carrera
 Siguele hasta el confin, y, sumergido
 En ocio, allí le ve dar al olvido,
 Entre los brazos de la astuta dama,
 Su honor, su rey, la virgen á quien ama.

Y en esta torpe vida hubiera acaso
 Su juventud el héroe consumido,
 Y con ella, perdido
 Su honor, su fama y su obtenida gloria,
 É infame su memoria
 Horror al orbe hubiera producido,
 A no llegar Melisa. Bien cual suele
 Médico docto á encangrenada llaga
 Hierro ó fuego aplicar que, si bien duele
 Con mayor acrimonia á los principios,
 Aprovecha á la postre; así la maga,
 Que á su dicha antepone
 La dicha de Roger, medios violentos
 A emplear se dispone,
 Si con dulzura conseguir no puede

Que á la pérfida Alcina él abandone.

Diferente de Atlante, por la fama
Y la gloria del héroe se desvela,
Mientras el viejo del jóven á quien ama
La vida solo conservar anhela,
Y cuanto vale y es diera gustoso
Por prolongarla un año,
Aun cuando fuera de su honor en daño.
Con este fin hácia la corte bella
De Alcina le condujo, porque en ella
De la guerra olvidase el ejercicio,
Y de ambos supo aprisionar el pecho
Con lazo tan estrecho,
Que por romperlo se esforzara en vano
La rigidez del mas maduro anciano.

La maga en tanto, á cuyos sabios ojos
Nada puede ocultarse, sin tardanza
Se presenta á su cara protegida.
De la virgen, al verla, los enojos
Se truecan en placer y en esperanza;
Bien pronto, empero, á maldecir su estrella
Vuelve, oyendo que della

Distancia inmensa á su Roger separa,
Y exánime se queda cuando sabe
Cuanto el peligro que le amaga es grave.
Mas Melisa, animándola, «hija cara,»
Le dice, «si ese portentoso anillo
«Que orna tu dedo á encomendarme accedes,
«Desde este instante puedes
«Contar con ver al ínclito caudillo.
«De aquí partiendo agora
«En India me hallará la nueva aurora.»

Y prosigue narrándole qué medios
Usar se proponia
Para arrancarle de tan torpe estado
Y conducirlo incólume á su lado.

De su dedo el anillo
Sacándose la virgen, se lo entrega.

Y, por su amor, le ruega
Que vele por Roger. Luego el camino
Que hácia Provenza guía
Toma ella; en tanto que, por otra via
La hechicera marchando,
Comparecer ante sus ojos hace
Un palafren extraño,
Negro de cuerpo y con un pié castaño.
Del averno profundo
No sé si era un espíritu; sé solo
Que, descalza, y el talle desceñido,
Y el cabello esparcido
Del viento á la merced, sobre su grupa
De un salto se coloca,
Y, el anillo poniéndose en la boca,
De tal manera en avanzar se ocupa,
Que en la insula de Alcina
Le sorprendió la estrella matutina.

El transformarse es obra de un momento,
De una cuarta el aumento
Hace tomar de pronto á su estatura,
Y grueso en proporcion con esta altura.
Barbas da y aspereza á su semblante,
Y, con su ruda reja,
Surcar su jóven faz al tiempo deja.
Su paso en fin, su voz y su semblante
Supo fingir con propiedad tan rara,
Que con el viejo Atlante
La vista mas sagaz la equivocara.

De Alcina la presencia
Evitando solicita, el instante
Busca en que de su amante
Separada se encuentre. Por ventura
Tendido muellemente
Lo encuentra un dia al borde de una fuente.
Cubre sus miembros, por su vida ociosa
Afeminados insensiblemente,
Túnica primorosa

Que le tejó la maga voluptuosa.

Ricas piedras adornan su garganta
Y brazales preciosos

Sus brazos, otro tiempo vigorosos.

La piel de las orejas del caudillo

Atravesando con un hilo de oro,

En cada una un zarcillo

La hechicera colgó con una perla

De las de Ormuz y de Ceylan desdoro.

Su rizado cabello

Esparciéndose en torno de su cuello,

Los aires embalsama.

Su rostro en fin, su voz, sus movimientos

Amor respiran, y, oprobiosa llama

Sintiendo por la mágica proterva,

El nombre solo de Roger conserva.

Bajo la forma del anciano Atlante,

Acércasele súbito la dama,

Y, armándose de aquel sañudo gesto

Que respetar el paladin solia :

« ¿Es esto, dice, es esto

« Lo que mi arte á mi anhelo prometia ?

« ¿De leones y de osos por ventura

« Con tuétanos nutrí tu edad primera ;

« Por el áspero monte y selva oscura

« Al lobo, al jabali y á la pantera

« Las uñas y los dientes

« A arrancar te enseñé, y á las serpientes

« A estrangular entre tus fuertes brazos,

« Para verte, ¡ infeliz ! tras penas tantas

« De una Alcina postrado ante las plantas ?

« No es esto, ¡ ah ! no, lo que de ti los sueños,

« La conjuncion de estrellas y de puntos,

« El girar de la máquina celeste,

« De mi arte en fin los medios todos juntos

« A mi afan predijeron. No, no es este

« El camino que guia

« A la inmortalidad. Fatal engaño

« Un César, un Cipion, un Alejandro,

« Me hizo un tiempo esperar que brotaria

« En el triste mortal á quien condena

« La torpe Alcina á la servil cadena.

« ¡ Ah ! si el insigne honor á que, propicio,

« El cielo destinárate, no mueve

« Tu duro corazon, moverlo debe

« El pensar cuan injusto es que se frustré

« Por ti la gloria de tu estirpe ilustre.

« ¿ Con qué derecho á defraudar se atreve

« Tu torpe vida al orbe de las almas

« Mas nobles que el Señor concibió nunca,

« Y que esperando estan la luz del dia

« Por cubrirse de lauros y de palmas,

« En su antiguo esplendor restableciendo

« De Italia libre la alta monarquía ?

« Dos sobre todo, Hipólito y su hermano,

« A obedecerme muévante. Sus nombres

« Con brillo volarán eternamente,

« De nacion en nacion, de gente en gente.

« De tu linaje espléndido y fecundo

« Son estos dos los que mas gloria al mundo

« Habrán de dar. De mí tú mismo oyendo

« Del cielo los recónditos secretos,

« Mostraste en otros tiempos alegría,

« Al saber que algun dia

« Darás á Italia tan ilustres nietos.

« ¿ Qué viste en esa infame,

« De tantos otros torpe concubina,

« Que así tu voluntad avasallara ?

« ¿ Quieres ver, infeliz, quien es Alcina ?

« Toma, toma este anillo ; vuela ante ella ;

« Verás cual es aquella

« Que ilusa tu alma en adorar se obstina. »

Confuso y en silencio el héroe queda.

Ni pestaña ni labio mover osa ;

Y cuando, bondadosa,

Pone la maga el misterioso anillo

En su trémula mano, de tal modo
Se cubre de rubor, que deseara
Que, abriéndose la tierra, le fragara.

Su primitiva forma en este instante
Toma Melisa, al héroe descubriendo
Su nombre, su semblante
Y la causa feliz de su llegada.

Dícele que á romper tan solo viene
La cadena fatal que le detiene;
Y que viene enviada

Por la insigne guerrera, cuya vida
Estando al bien de su Roger ligada,
Puesto en las manos hale

Aquel anillo contra el cual no vale
Encantamiento alguno, y que lo mismo
Su vida y su alma diera

Si, por salvarle de aquel hondo abismo,
Su vida ó su alma necesaria fuera.

Y de su parte le refiere luego
Cuanto es ardiente el fuego
En que, por él, la virgen se consume.
Sus proezas le cuenta, y de tal modo
De aquesta el bien, de Alcina el mal resume,
Que la aversion mas viva

Por ella hace al guerrero que conciba.

Esta aversion bien presto
En un odio profundo se convierte,
Pues, del anillo la virtud divina
Haciendo todo engaño manifesto,
Ver á Roger permite que en Alcina
Nada era natural, todo ficticio;
Engaño todo, fraude y artificio.

Bella y llena de aroma una manzana
Un rapazuelo esconde;
Mas no se acuerda donde.
Encontrándola luego una mañana
Cógela, y presto, con despecho é ira,
Léjos de sí la tira

Al ver el fruto, ha poco hermoso y sano,
Pábulo agora de voraz gusano.

Así cuando, por órden de Melisa,
Ante Alcina esta vez Roger se muestra
Con el anillo mágico en su diestra,
Una vieja decrepita divisa
En vez de la beldad lozana y rara
Que en Alcina admirara.

Pálido ve su rostro y macilento.
A seis palmos no llega su estatura,
Ni un cabello en su frente,
Ni en su boca se nota un solo diente.

La Sibila Cumea
Ni la viuda de Priamo mas años
Que ella vieron tornar; mas con engaños
Que conocer á nuestra edad no cupo,
Hacerse hermosa, hacerse jóven supo,
Y, cual al héroe, fascinar á tantos.

Nada hoy, empero, todos sus encantos
Valen contra Roger. Aleccionado
Por la sabia Melisa, el cambio horrendo
Finge no conocer, hasta que un día,
Sus relegadas armas revistiendo,
Dijo á la maga que medir queria
Cuanto estaba mas grueso
Desde que no sintió dellas el peso.

Ciñelas pues, y ciñese en seguida
Su fuerte Balisarda;
Toma el broquel, cuidando que su lumbre
A través del cendal no se columbre,
Y á la cuadra bajando,
Ensillar y enfrenar hace un peceño
Que le indica Melisa, no ignorando
Cuanto es lijero su correr. Su nombre
Es Rabicano, y fué su antiguo dueño
El paladin que, en mirto convertido,
Dobla hoy al aquilon su cuello erguido.

Tomar bien pudo en vez de Rabicano

Al Hipogrifo, que á su lado estaba;
 Pero temió que, si su plan llegaba
 Alcina á penetrar, lo hiciera vano.
 De Melisa ademas el cuerdo aviso
 Escuchando, no quiso
 Empezar su carrera
 Sobre tan viva é inobediente fiera.
 De allí sacándola al siguiente dia,
 Le ofrece la hechicera
 Explicarle despacio la manera
 De regirla segun su fantasía.
 Con este ardid, el paladin se aleja
 Del palacio fatal de la impía vieja,
 Y, de nuevo emprendiendo su jornada,
 Marcha de Logistila á la morada.
 A las puertas llegando,
 A sus guardas ataca á la improvisa;
 Y, sin que nadie á su furor resista,
 Espanto y muerte entre ellos va sembrando.
 Pasa el puente por fin, y su carrera
 De tal modo acelera,
 Que hallarse léjos debe
 Antes que de su fuga
 La noticia á la mágica se lleve.
 Mas mientras llega el héroe á su destino
 Otro canto dirá lo que le avino.

CANTO VIII.

Después de mil trabajos, llega Roger á la morada de Logistila, donde encuentra á Melisa y al duque Astolfo. — Reinaldo obtiene socorros de tropas de los reyes de Escocia y de Inglaterra. — Angélica discurre por el mar montada en el caballo encantado. — Cae en manos del ermitaño, y luego en poder de unos piratas. — Parte Orlando en busca de ella.

¡ Cuánta Melisa, oh cielos, cuánto Atlante
 Incógnito en el orbe se pasea,
 Que, cambiando de voz y de semblante,

En cautivar las almas se recrea,
 Sin que para ésto menester le sea
 Demonios invocar ni observar astros,
 Que el engaño y la intriga
 Coronan casi siempre su fatiga!
 De Melisa, ó mas bien del sano juicio,
 Quien el precioso anillo poseyera,
 Sin esfuerzo pudiera
 La verdad distinguir del artificio.
 Dicha fué pues del héroe, y no pequeña,
 Aquel dije tener que de lo falso
 Lo verdadero á discernir enseña.
 Dicho va cual armado hácia la puerta
 Llegó Roger, y cual amedrentada
 Deja á la chusma, ó muerta
 A los terribles golpes de su espada.
 La puerta pasa y en los bosques entra.
 Sobre un rocín estético montado,
 Allí de Alcina á un servidor se encuentra,
 Que un lijero lebrél lleva á su lado,
 Y en su diestra un milano
 Que en lanzar cada dia
 Para hacer presas, ora por el llano,
 Ora al vecino estanque, se placia.
 Al ver al héroe, la presteza viendo
 Con que, aguijando á su corcel, camina,
 No tarda en sospechar que viene huyendo
 De la mansion espléndida de Alcina.
 Acércasele pues, y, en voz grosera,
 La causa que sus pasos precipita
 Pregunta al paladin, que no contesta.
 Furioso aquel entónces, le denuesta,
 Y, el brazo alzando, grita:
 « ¿Qué dirás tú si yo te cierro el paso?
 « ¿Resistir al halcón piensas acaso? »
 Dice; y al ave lanza,
 Que al veloz Rabicano en breve alcanza.
 A tierra salta el rústico en seguida,